Blanco sobre blanco

Las galerías Trazos Tres y Silió acogen las propuestas de Ana Díaz y José Joven, y Pilar Salmerón, respectivamente

GABRIEL RODRIGUEZ SANTANDER

Parece ser que los esquimales cuentan con un vocabulario de ocho a diez palabras para designar aquello que un europeo medio llamaría blanco, y también parece que tres esquimales hubieran desembarcado en Santander para exponer en las galerías **Trazos Tres y Fernando Silió,** y ofrecernos unas lecciones sobre las múltiples posibilidades expresivas que se pueden generar en torno a la delicadeza de los blancos.

La Galería Trazos Tres nos presenta dos exposiciones muy bien equilibradas aprovechando la división de su espacio, que se pueden encuadrar en una corriente de trabajo sobre la sutileza del blanco sobre blanco.

La pintora **Ana Díaz** (Toledo, 1954), que ha expuesto en varias ocasiones en Trazos Tres, presenta una obra, en general, de pequeño formato, muy luminosa, llana de gruesos empastes que crean pequeños universos de textura roturada, en amarillos brillantes, cremas, blancos. Es una obra elaborada en un constante diálogo con la superficie del cuadro, en una relación que se perfecciona por medio de reacciones de estímulo-respuesta, que avanza por la confrontación entre lo hallado y lo sugerido. Utiliza composiciones estructuradas en dos direcciones, vertical y horizontal, para crear escenas sugerentes, al margen de lo racional, misteriosas, inscritas en un mundo exclusivamente icónico. En la obra de Ana Díaz se trasluce el placer del juego pictórico, por medio del que crea símbolos llenos de texturas y transparencias, de primitiva materialidad, con los que compone jeroglíficos esenciales (Klee, Miró), algo así como una primera escritura en la que se trasluce la sorpresa de una formulación elemental y mágica.

La pintura de **José Joven** (Zaragoza, 1959), está construida sobre dos planos, dos telas superpuestas de modo que una de ellas actúa como veladura de la otra, que queda entrevista, mitificada, sublimada. Es una obra matérica, limpia, plana, que expresa, desde un punto de vista lírico, unas formas decadentes, vistas en el filo entre lo real y lo irreal. Las formas vegetales aparecen como sombras chinas delimitadas por lineas geométricas. El fantasma es siempre mas sugerente, adornado de cualidades mas perfectas, capaz de sacar su energía, su potencial, de sus propias debilidades, de su inconsistencia, de lo perfectible que se nos presenta el ser que sólo es sombra.

Es una obra, también, de muy poco color, llena de sutiliza, de sensación de fragilidad y fugacidad, como esas telas de hilo, finas, entre las que aparecen restos vegetales, a medio camino entre el deterioro y la conservación, efímeras y eternas.

La obra de **Pilar Salmerón, en Silió,** se desenvuelve en un universo monocromo, a la vez que de gran riqueza en ese color que se resiste a desaparecer, igual que se resisten esas huellas negras medio cubiertas por reiteradas veladuras, capas matéricas de blanco, que convierten el paisaje del lienzo en una superficie nevada que dejan sólo ver, más resaltado, esencializado, el accidente, la ruda marca del suceso.

Ese contraste tan fuerte se multiplica en una serie de matices que lo sutilizan, dando lugar al verdadero tema de la obra: el universo de los limites, de las fracturas que se desgranan en el enfrentamiento dinámico de los contrarios, velados con la insistencia que convierte lo tenue en solidez inequívoca.

SE QUINTANA

Ana Díaz y José Joven, en Trazos Tres.

Diario Montañes 13-5-99